

que de hacer bien por su alma. Lléveme bien con los albaceas, y viendo el testamento, hice yo mi negocio, y ellos su agosto. Vendílos y algunos muebles que había dejado, y con el dinero que saqué de ellos empecé á ser iman de los de la hoja, y norte de los de la hampa, los unos yesca para galeras, y los otros pajuelas para la horca, y todos juntos tea para el infierno. Viendo que me comían de polilla y que eran carcomas de mi corta herencia, los dejé con la miel en los labios, por ver que mi bolsa iba dando la hiel.

Traté de acomodarme en casa del Virey; y por haber sido mi padre muy conocido de todos los criados de aquella casa, fui recibido por mozo de plata en ella. Acudían á verme y darme el parabien toda la amontonada valentía; y yo, por darles á entender lo solrado que estaba, les sacaba á todos el vientre de mal año. Fueron tan á menudo estas visitas, que con andar yo cuidadoso, como aquel que conocía la genticilla de aquel arte, que en menos de tres meses me faltaron algunos talleres de plata, y aun anduvieron conmigo comedidos, pues no se llevaron los demás. Sabiendo su excelencia la buena cuenta que había dado de lo que se me había entregado, y que á aquel paso presto daría fin de toda su vajilla, habiéndose satisfecho no ser yo el que había hecho el tiro, sino aquellos honrados que me venían á visitar, y que yo no tenía con qué satisfacer la pérdida, mandó despedirme, y que me aconsejaran que me apartara de la compañía de gente tan pernicioso. Salí de palacio muy bien puesto, por los grandes provechos que tenía y por tirar plaza de soldado en una compañía que tenía sesenta soldados efectivos para entrar la guardia, y ciento y cincuenta para el día de la muestra. Harto pudiera decir acerca de esto, pero me dirán que quién me mete en esto ni en gobernar el mundo, teniendo doctores la Iglesia.

En este tiempo estaba de partida un delegado de esta corte á hacer una ejecucion sobre cierta cantidad de dinero dentro del reino, y viéndome tan bien adornado y que había sido criado de un virey, me nombró por su alguacil, y llevó consigo; saliendo de la ciudad y caminando hasta que llegamos adonde íbamos á caballo, con botas y espuelas, y armas ofensivas y defensivas y vara alta de justicia, que parecía en mí de varear bellota. Iba delante de tal juez, y de tal suerte llevaba el rey en el cuerpo, que daba á todos una voz, y á un ven acá pagaba en las hosterías no mas de aquello que me parecía. Habiendo fenecido nuestro viaje, prendí el primer día que llegamos tres labradores, en virtud de mi comision, con ayuda de vecinos y porque ellos gustaron de dejarse prender; y con ser su causa civil, les hice echar grillos y cadenas y meter en calabozo hasta tanto que pintaron y pidieron misericordia. Banquetearonme un día los parientes de estos prisioneros porque intercediese por ellos con el legado. Hice en el convite tantas razones, que quedé sin ella, prometiéndolos soltar dentro de una hora; y dando muchos traspiés, con ser la tierra llana, me fui á la posada, y le pedí á mi juez competente que soltase aquellos desdichados,

porque no tenían con qué pagar, y que el que no tiene, el rey le hace libre. Echó de ver el mal que traía, y preguntóme por verme inquieto que si me había picado la tarántula. Yo le respondí que aprendiese á hablar bien ó que yo le enseñaría; que él solo era el tarantulero y el atalantado y el hijo de Atalanta. El, riéndose de mí, se me acercó, y alargando la mano, me tomó la barba, y hizo en ella presa. Yo, agraviado de aquello, pareciéndome que era menosprecio y atrevimiento grande á un alguacil real, agarréle de los cabezones, y pidiendo favor á la justicia y dándole recios enviones para llevarlo á la cárcel, le hice tirar la valona, y le desabotoné la ropilla. El al principio lo llevó en chanza, por ver que no obraba yo, sino mi criado; mas despues, viéndose ultrajar delante de mucha gente que ocurrió á mis voces, se enojó como un Satanás, y quitándome la vara, me hizo pedazos el rey en los cascotes. Tuve dicha en que fuese delgada, que á no serlo, daba fin de su nuevo ministro. Volvíme á pié y apelando á Palermo á acumular la resistencia; y advirtiéndome cuando se pasaron los terremotos de la cabeza haber sido yo el culpable, me quité de historias, y me volví á juntar con mis valientes. Hicieronme salir una noche en su compañía, cosa que jamás había hecho, en la cual uno de ellos, haciendo el oficio de san Pedro, abrió una puerta, y por aligerar de ropa á su dueño, lo dejaron sin baules. Fueron sentidos de las centinelas de unos gozques, y saliendo toda una familia en su seguimiento, les obligaron á dar con la carga en tierra, y á darles á los que los seguían un refresco de cuchilladas. Yo, que estaba temblando de miedo antes del hurto y en el hurto y despues del hurto, y siempre apartado de ellos, y pesoso de no haber conocido su modo de vivir antes de salir de mi posada, para no haberme puesto en aquel riesgo, viendo á mis compañeros huir y á los heridos volverse á sus casas á curar, metiendo los lamentos en el cielo, por no hacerme hechor, no lo siendo, me estuve quedo y tan cortado, que cuando me quisiera ir, es cierto que no pudiera. Acudió al ruido de las voces la justicia, y hallando tres baules en la calle, y cuatro hombres bien heridos, y yo no muy lejos, me llegaron á reconocer; y confiriendo de mi turbacion que era de los que habían hecho el daño, sin valerme el alegar haber servido al Virey ni sido alguacil ejecutor del legado, me llevaron por mis piés, que aun no tuve ventura que fuese en volandas, adonde hice experiencia de amistades y prueba de amigos, saliéndome todo como yo merecía. Tomáronme otro día la confesion, y por variar en las preguntas que me hicieron y contradecirme en los descargos, me sentenciaron á *sursum corda* y encordacion de calabaza. Mas antes que cantase aquello del potro rucio, por tener atencion que había servido al Duque mi señor, me condenaron á salir desterrado; poniéndome en libertad. Y sacándome fuera de las puertas de Palermo, encaminéme á Nápoles, y escarmentado de la causa de mi destierro, me junté así que llegué con otra tropa, aun peor que la referida.

Fuímonos á bañar una noche al muelle, y á la vuelta, queriendo dar garrote á una reja, pasaron dos ciudadanos, y por quererlos descabajar y dejar sin nubes, dieron gritos: Guardia, guardia. Desmayó toda la gavilla, viendo venir al socorro una escuadra de soldados de la garita de don Francisco; huyó la gente de la carda, y yo en vanguardia de todos. Fuímonos á la posada; hallámosla abastecida de pavos de Indias, que había traído otra patrulla que había salido del mismo cuartel. Comí con ellos con sobresalto, dormí sin ellos con desasosiego, y á la mañana echéles la bendicion; y por verme libre de justicia, que cada instante pensaba que me venían á prender para que escotase los pavos, senté plaza de soldado de á caballo en la compañía de don Diego Manrique de Aguayo. Estábame siempre muy de asiento en Nápoles, buscaba soldados para mi compañía, dábame mi capitán á dobla por cada uno, los cuales embaucaba y daba á entender para conducirlos dos mil emblecos, y otros tantos al capitán para encarecerle la cura y el trabajo y gastos, aun no imaginados, del oficio de la corredería; con que demás de quedarse agradecido, añadía nuevos socorros á lo capitulado. Ibame los viérnes y los sábados á la marina, adonde por aprendiz de valiente estafaba la mayor parte de sus pescadores; traía alborotado el cuartel con trapazas, enredadas sus damas con tramoyas, cansadas sus tabernas con créditos, y el chorrillo y guantería con fianzas, de suerte que de todos me hacía conocer, y con todos campaba y á todos engañaba. Y temiendo que se desornase la flor y se acabase el crédito y dinero, dejando á muchos llorando por mí y no por fuerza de voluntad, hallando embarcacion para España, me embarqué secretamente y dí con mi cuerpo en Barcelona.

CAPITULO IV.

De cómo llegó á España, y viaje que hizo á Zaragoza, Madrid, y peregrinaje á Santiago de Galicia, y otros ridiculos sucesos que le pasaron en Portugal y Sevilla, hasta que entró á ser mozo de representantes.

Despues de haber llegado á Barcelona, estuve en ella algunos días por descansar de la larga embarcacion, y al cabo de ellos fui acompañando hasta Zaragoza á una dama, con quien había hecho conociencia por haber posado los dos en una misma posada, la cual era en sí tan generosa y tan amiga de agradar á todos y de no negar cosa que le pidiesen, que en virtud de los regalos y mercedes que me hizo por el camino, comí dos meses de balde en el hospital de Nuestra Señora de Gracia, que es uno de los mas ricos de España, y adonde con mas abundancia se les regala. Despues de salir de la convalescencia, me metí en un carro cargado de frailes y de mujeres de buen vivir; carga de que jamás han ido ni van faltos. Fuíme con él á Madrid, por la noticia que tenía de ser esta villa madre de todos. Llegué á la que es corte de cortes, leonera del real leon de España, academia de la grandeza, congregacion de la hermosu-

ra, y quinta esencia de los ingenios. Al segundó dia que estuve en ella me acomodé por paje de un pretendiente, tan cargado de pretensiones como ligero de libranzas. Dábame diez cuartos de racion y quitacion, los cuales gastaba en almorzar cada mañana, y lo demás del dia estaba á diente como haca de buhonero, siendo, á mas no poder, paño veinticuatro. Comia mi amo tarde, por ser costumbre antigua de pretendientes; y era tan amigo de cuenta y razon, peso y medida, que comia por onzas, y bebía por adarmes; y tan amigo de limpieza, que pudo blasonar no tener paje que fuese lameplatos, porque los dejaba él tan lamidos y escombrados, que ahorra de trabajo á las criadas de la posada.

Viéndome sin esperanza de librea y con posesion de sarna y las tripas como tranchabito, traté de ponerme en figura de romero, aunque no me conociese Galván, por ir á ver á Santiago de Galicia, patron de España, y por ver la patria de mis padres, y principalmente por comer á todas horas y por no ayunar á todos tiempos. Dejé á mi amo, vestíme de peregrino con hábito largo, esclavina cumplida, bordon reforzado y calabaza de buen tamaño. Fui á la imperial de Toledo, centro de la discrecion y oficina de esplendores, adonde despues de haber sacado mis recados y licencias para poder hacer el viaje, me volví por Illescas á visitar á aquella divina y milagrosa imágen; y dando la vuelta á Madrid, me partí en demanda del Escorial, adonde se suspendieron todos mis sentidos, viendo la grandeza incomparable de aquel suntuoso templo, obra del segundo Salomon, y emulacion de la fábrica del primero, olvido del arte de Corinto, espanto de los pinceles de Apeles, y asombro de los cínceles de Lisipo. Diéronme sus reverendos frailes limosna de potaje y caridad de vino, piedad que en ellos hallan todos los pasajeros. Partí de allí á Segovia, y habiendo descansado tres días en su hospital, pasé á la ciudad de Valladolid; juntéme en ella con dos devotos peregrinos, que hacían el propio viaje, y eran, cuando no de mi cantidad, por lo menos de mi calidad y costumbres. Era el uno francés, y el otro genovés, y yo gallego romano; y todos tan diestros en la vida poltrona, que podíamos dar papilla al mas entendido gitano; y en efecto trinca, que se escaparon muy pocos de nuestras garatusas. A las primeras vistas nos conocimos los humores, como si nos hubiéramos criado juntos; y al fin, por conformidad de estrellas ó concordancia de inclinaciones, hicimos liga y monopodio de ir á pérdida y ganancia en todos lanceos que nos podían suceder en esta jornada, guardando las leyes de buena compañía; y para que mejor las observásemos, el genovés, como hombre mas experimentado, con tono fraternal nos informó en las ceremonias y puntos de la vida tunante. Doróla con tantos epítetos y atributos, que por gozar de sus excepciones y libertades, dejara los títulos y grandezas del mayor potentado de Europa. Acabó el Cicerón á lo pícaro su compendiosa oracion, que además de ser gustosa penetró de tal manera nuestros corazones, que no hubo punto, por delicado que fuese, que no nos obligásemos á repetirlo y á ejercitar-

lo; y principalmente cuando en lugar de *quam mili et vobis* nos encargó aquella santa palabra de quémese la casa y no salga humo; con que quedó tan pagado como nosotros contentos.

Proveidas las calabazas á discrecion, dimos principio á nuestra romería con tal fervor, que el día que mas caminábamos no pasaba de dos leguas, por no hacer trabajo lo que habíamos tomado por entretenimiento. En el camino vendimiábamos las viñas solitarias, y cogíamos las gallinas huérfanas; y con estas chanzas y otras salimos cargados de dineros y limosnas, de las cuales comíamos los canterones y robanadas de pan blanco, y lo negro y mal cocido vendíamos en los hospitales, para sustento de gallinas y aumentacion de alajú. Con esta mala ventura, con coles pasábamos por Benavente, y llegamos á Orense, adonde mis compañeros, como corsarios de aquel camino, me dijeron que allí los peregrinos de toda broza lavaban los cuerpos, y en Santiago las almas; y es la enigma, que hay en esta ciudad unas fuentes, cuyas aguas salen por todo extremo cálidas, que sirven de baño á los moradores de ella. Aquí los peregrinos pobres lavan sus cuerpos y hacen colada de su ropa; y en Santiago, como se confiesan y comulgan, lavan sus almas. Nosotros, por gozar de todo, nos echamos en remojo, como abadejos, y dando envidia nuestras ropas á las de Inesilla, sin gran daño del jabon, sacamos nuestras túnicas transparentes. Llegamos á la ciudad de Santiago, que porque no me tengan por parte apasionada por lo que tengo de gallego, me excuso de decir lo mucho que hay en ella que poder alabar. Ajustámonos nuestras conciencias, que bien anchas las habíamos traído; y cumpliendo con las obligaciones de ser cristianos y de ir á visitar aquella santa casa, quedamos tan justificados, que por no usar de nuestras mercancias andábamos lacios y desmayados. Por cuya causa y por ser muchos los peregrinos que acuden á la dicha ciudad, y pocos los que dan limosna, me despedí de mis camaradas; y con deseo de ver y vivir con capa de santidad, caminé á la vuelta del reino de Portugal.

Llegué á Pontevedra, villa muy regalada de pescado, adonde siendo ballena racional, hice colacion con medio cesto de sardinas, dejando atónitos á los circunstantes. Pasé de allí á Salvatierra, solar esclarecido de los Muñatones y patria de mis padres, que no oso decir que es mio, por lo que he referido de mi nacimiento y porque todos mis amigos, llegando á adelgazar este punto, me dicen: Antes puto que gallego. Informéme del nombre de un tio mio, y en creencia de una carta que fingí de mi padre, contrahaciendo su firma, fui ocho dias regalado de él, y á la despedida me dió cincuenta reales y respuesta de la carta, por haberle asegurado que me volvía á Roma. Proseguí el camino de Portugal, y pasando por Tuy y llegando á Valencia, alcancé en ella la carta de misericordia que se da á todos los pasajeros pobres, con cuya carta se puede marear muy bien por todo aquel reino, pues en cualquier ciudad ó villa que la muestran, juntan y dan con que puede co-

mer cualquier hombre honrado; y como yo lo era, y con mas quilates que hierro de Vizcaya, comía á dos carrillos y hacia dos papadas. Dióme en Coimbra el obispo de ella un toston, que es su acostumbrada limosna, y llegando á Oporto, me desgradí de peregrino; y por no colgar los hábitos, los dí á guardar á la huéspeda de la posada en que estaba, y con los dineros de mi peregrinaje y con los que me habia dado mi tio compré una cesta de cuchillos, rosarios, peines, y alfileres y otras buhoneras; trasforméme de peregrino en buhonero. Iba tan bien en mi mercancia, que iba el caudal adelante, con menudear en visitar las tabernas y mamarme á cada comida un par de tajadas de raya, con que se me pudiera atribuir aquel vocablo placentero de moma raya. Encontréme una tarde el alguacil de vagamundos, y preguntóme cómo podia pasar con tan poca mercancia. Yo le respondí: Señor mio, vendiendo mucho y comiendo poco; cuya razon le agradó, y no trató de molestarme. Llegó á esta sazón un bajel de aquella ciudad que es la flor del Andalucía, gloria de España y espanto del Africa; en efecto, la pequeña Sevilla, y la sin segunda Málaga. Saltaron en tierra una docena de bravos de sus percheles, que venian á cargar de arcos de pipas, y como siempre he sido inclinado á toda gente de heria y penlon verde, al punto que vi esta cuadrilla de bravos me hice camarada con ellos, y como no son nada lerdos, convidábanme á beber, y llevándome á la taberna, hacian quitar el ramo. Colábamos hasta tente bonete, sin que yo echase de ver hasta el fenecer de las aceitunas, que era el tal convite el de Cordobilla. Al fin, unas veces gastando por mi gusto, y otras por los ajenos, dí al través con toda mi buhonera, y perdí la amistad de mis rajabroqueles, pues así que me vieron descaudado, huian de mí como si tuviera peste.

Viéndome pobre y buhonero reformado, me volví á embanastar mi vestido de peregrino, y con mi carta de misericordia me fui á la ciudad de Lisboa, donde quedé fuera de mí, viendo la grandeza de su habitacion, lo suntuoso de sus palacios, la generosidad y valor de sus títulos y caballeros, la riqueza de sus mercaderes y lo caudaloso de su sagrado Tajo; sobre cuyas espaldas se via una copiosa selva de bajeles, tan á punto de guerra, que atemorizando el tridente hacian temblar el cajúceo. Era la causa del apercibimiento y junta de esta armada estar con recelo que el Inglés venia sobre esta ciudad. Empeñé, el segundo día que me ocupé en su admiracion, mi vestido de peregrino por un frasco lleno de aguardiente, por ver si daba mejor cuenta de este trato que del buhonero. Ganaba cada dia dos reales, y pareciéndome poco, por ser mucho el gasto, me iba á los bajeles de la dicha armada todas las mañanas, y en ellos trocaba brandavin por bizcocho, y á veces por pólvora y balas, que aunque era cosa defensiva, como la ganancia sufría ancas, dábales parte de ella á los cabos de escuadra y derrengábanse y ensordecian. Aquí me hacen cosquillas mil cosas que pudiera decir, tocantes á lo que pueden las dádivas y á lo que

mueve el interés, y lo presto que se convencen los interesados, y los daños que resultan por ellos, y las penas que merecen; pero como es fruta de otro canasto, y no perteneciente á Estebanillo, no doy voces, porque sé que seria darlas en desierto. Apliquéme de suerte á trabajar, cebado en la ganancia, que despues de haber hecho mil trueques al alba, y revendíolos en tierras á las once del dia, en dando las doce horas, en que nadie me daba provecho, y yo me hallaba ocioso, me iba al tranco de los castellanos, que es la cárcel de ellos, donde porque les hacia algunos servicios y mandados, me daban muy bien de comer y algunos dineros, con lo cual ahorraba el gasto de la comida, y llevaba para ganar la cama y cena en la posada, y me quedaba libre la ganancia del aguardiente. Dividióse la armada, y por ver que ganaba muy poco en la ciudad, por haber tantos de este trato, dejándome el hábito de peregrino, empeñado que estaba, vendí los frascos y caudal de que habia hecho provision, y con lo que saqué de la venta y lo demás que yo tenia compré una buena cantidad de tabaqueras, y con ellas me fui camino de Setubal.

Llegué á Montemor, donde aficionados los vecinos de ellas, por ser curiosas, bien labradas y á moderado precio, en tres dias dí fin de todas, y doblé mi dinero. Juntéme en esta villa con un mozuelo, de nacion francés, que andaba bribando por todo el reino, y era uno de los mas taimados y diestros en aquel oficio; que aunque es tan humilde y tan desdichados los que lo usan, tiene mas malicias y hay en él mas astucias, ardides y engaños que un preñado paladino. Descubríme, por habérsele ido un alatés suyo, el modo de su gandaya, el provecho que sacaba de ella y de la suerte que disponia su enredo; pidióme que le ayudase. Prometióme el tercio de lo que adquiriera, despues de pagados los gastos; y al fin me redujo á su gusto. Llegamos cerca de Evora, ciudad, en tiempo que hacia muy grandes frios, y antes de entrar en ella se desnudó mi Juan Francés un razonable vestido que llevaba, y quedándose en carnes, abrió una talega de motilon mercenario, sacó de ella una camisa hecha pedazos, la cual se puso, y un juboncillo blanco con dos mil aberturas y banderolas, y un calzon con ventanaje de alcázar, con variedad de remiendos y diferencias de colores, y entalegando sus despojos, quedó como Juan Paulin en la playa, entrándose de aquella suerte en la ciudad, habiéndome dejado antes la cumplida talega, y advirtiéndome que entrase por otra puerta y le esperase en el hospital. Obedecíle, y hice lo que me mandaba, reconociendo superioridad, por ser el autor de aquella máquina picaril. Iba por las calles mi moderno camarada haciendo lamentaciones que enternecian á las piedras, dando sombreradas á los pasantes, haciendo reverencias á las puertas y cortesías á las ventanas, y dando mas dentelladas que perro con pulgas. Descubría los brazos, echaba al aire las pechugas, y mostraba los desnudos piés. Unas veces lloraba, suspiraba, y jamás cesaba de referir su miseria y desnudez. Dá-

banle los caritativos lusitanos limosna de dineros, las piadosas portuguesas camisas viejas y vestidos antiguos y zapatos desechados; y él, haciendo unas veces la guaya, y otras la temblona, y tendiéndose en tierra, haciendo rosca y fingiendo el súbito desmayo, iba recogiendo alhajas, juntando pitanzas y agregando china. Cargó con todo á boca de noche, y vino á buscar al hospital, adonde tuvimos una mesa de principes, y nos dimos una calda de archiduques. Madrugamos muy de mañana, y saliendo ambos bien arropados del hospital y ciudad, marchamos á buscar nuevos ignorantes. Hacia cada dia el tal tunante su compasiva representacion, y vendíamos la variedad de alhajas, sin reparar en precios; y esto no en las partes donde se habian juntado. Con esta guitonería provechosa anduvimos doce dias, haciendo lamentaciones y enajenando muebles, hasta tanto que al último de ellos, estando mi gabacho en la plaza de una villa dando mas voces que un vorábito, al dar los buenos dias, llegó á él á darle limosna un ropavejero de otra villa cercana, á quien la noche pasada habíamos vendido y traspasado una carga de baratijas; y habiendo venido aquel dia á esta villa á negocios de sus mercancias, nos habia visto á la entrada en diferente hábito del que de presente tenia; y habiéndolo reconocido despacio, dió parte á la justicia; la cual, trocando en ira la piedad que hasta entonces le habian tenido, lo llevaron á la prision con mas voces y algazara que alma de sastre en poder de espíritus.

Hallóse en el prendimiento cierto gorrón que, á título de ir á proseguir sus estudios á Salamanca, ocupaba de dia las porterías y las noches los hospitales, el cual me dió aviso de ello, ignorando ser yo cómplice de aquel delito. Yo, por la experiencia que tenia de barbero, viendo aquella pelear, eché la mia en remojo. Pues sin reparar en que estaba lloviendo á cántaros ó á botijas, cargando con toda la mochila y ropa de él, que sin ser escarraman habitaba calabozo oscuro, y saliéndome de la ciudad á la hora que peinaban el aire murciégalos y que mozuelos fatigaban las selvas, y habiéndome informado del camino de Yelves, empecé á marchar á lo de soldado de Oran, y despues de haber caminado hasta dos leguas, sirviéndome de norte una luz que estaba algo apartada, y pensando que fuera algun pastoral albergue, apresuré el paso á ella con deseo de enjugar mi mojada ropa y tener un poco de descanso. Y al cabo de un rato, hollando lodos y enturbiando charcos, llegué en traje de alma en pena, adonde aligerando mi conciencia, pagué todos mis pecados. Hallé debajo de la clemencia de un desollado alcornoque, que demás de servir de pabellon el verano, servia de resguardo y chimenea en el invierno, á una cuadrilla de gitanos, mas astuta en entradas y salidas que la de Pedro Carbonero; los cuales aquella misma noche habian hecho extramuros de la dicha ciudad un hurto de dos mulas y cinco horricos; y por no poder caminar por el rigor de la noche y parto de las nubes, habian hecho alto en aquel despoblado sitio y hecho lumbre para enju-